

Sufismo, insaciable deseo de infinito

EL ANSIA DE LIBERTAD Y DE CONTACTO CON DIOS DE LOS MÍSTICOS SUFÍS SÓLO LLEGA AL EXTERIOR COMO MUESTRA DE UNA ESPIRITUALIDAD DANZANTE, POÉTICA Y BONITA

Texto de **BRIGITTE VASALLO** y fotos de **EZEQUIEL SCAGNETTI / GRAN ANGULAR**

Mercan Dede es un intérprete turco de música electrónica que reside en Canadá, se decolora el cabello y dedica sus discos al “compañero de mi vida”, el guapo *dj* canadiense Jarret Gibbons. Su último trabajo, *800* (2007), contiene una carta de amor encendido a su maestro, Yalal ud-Din Rumi, poeta y místico del siglo XIII. La portada muestra un ángel vestido de derviche (o un derviche con alas) sobre el perfil de Estambul.

Antes, en 1998, aparecía el disco *A Gift of Love: Love poems inspired by Rumi*, en el que la cantante Madonna y las actrices Goldie Hawn y Demi Moore, entre otros artistas, recitaban poemas de ese mismo autor. En plena época del terror, cuando el islam es poco menos que el demonio, ¿qué tiene este Rumi para haberse convertido en un fenómeno de la música pop y atraer a gentes tan dispares?

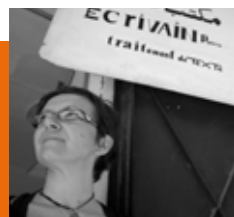
*Anoche estuve allí y aquel ídolo clemente...
Yo era todo súplica y él todo caricias.
Pasó la noche y no acabó nuestra historia.
No es culpa de la noche: nuestra historia era larga.*

La autora...

Brigitte Vasallo es redactora de *Lonely Planet Magazine*. Ha viajado varias veces a Turquía, ha participado en sesiones de trance en lugares poco recomendables y ha colaborado con la fotógrafa Desirée Dolron en su libro *Exaltation*, dedicado al sufismo.

También llamado Mevlana, “nuestro señor”, Yalal ud-Din Rumi nació a principios del siglo XIII en la ciudad de Balj, entonces parte del Imperio persa y hoy en Afganistán. Hijo de una eminencia religiosa, Rumi huyó junto a su familia de las invasiones mongolas e inició una migración hacia occidente que lo llevó a instalarse en Anatolia, en la actual Turquía. Allí, en la ciudad de Konya, su padre fue acogido por el sultán selyúcida, quien lo puso al frente de una de sus madrazas, puesto que con los años heredaría el hijo. Rumi siguió el camino que el poder había pensado para él: se convirtió en una personalidad influyente, en un gran orador, en un hombre que buscaba a Dios a través de los caminos establecidos, en alguien rico, poderoso e inofensivo. Hasta que un 29 de noviembre de 1244 su destino vino a él.

Shams de Tabriz (el Sol de Tabriz) era un vagabundo, un mendigo: un derviche. Un místico que había abandonado las ataduras sociales para consagrarse a su búsqueda personal de respuestas, a saciar su deseo de infinito. Todas las leyendas que narran el encuentro entre él y Rumi concluyen en lo mismo: una mañana de noviembre se vieron, intercambiaron un par de frases y se reconocieron. Y el mundo cambió. Rumi y Shams se encerraron juntos 40 días y 40 noches, tras los cuales el primero emergió totalmente transformado. “Después de tan larga espera, Mevlana vio el rostro de Shams”, narra su hijo Sultan Walad. “Los secretos se le revelaron de modo diáfano. Vio a Aquél que no se puede ver; oyó lo que nadie escuchó jamás de boca humana... Se enamoró de Él y fue aniqui-





lado”. Mevlana, a través de Shams, encontró el camino, su camino, y decidió seguirlo. Se volvió lo que hoy llamaríamos un marginal, un antisistema. En una palabra, un maestro sufi.

Abandonados y celosos, los discípulos de Rumi iniciaron una campaña de calumnias contra Shams, quien acabó huyendo de Konya. Loco de dolor ante tal pérdida, Mevlana envió a buscarlo y al descubrir que estaba en Damasco mandó a su propio hijo como emisario para hacerlo volver. La segunda etapa de su encuentro duró siete meses de explosiva simbiosis mística, de perfecto

entendimiento entre ellos y el universo, entre el mundo, Dios y la poesía. En Occidente no podemos evitar leer esta historia en clave sexual y lujuriosa. Quizá sucediese así pero, en cualquier caso, no sólo fue eso. Shams fue capaz de enseñar al que ya se creía maestro, de retar y doblegar su inteligencia, de convulsionar su existencia tibia y de arrasar sus convencimientos con preguntas que nunca hubiese alcanzado por sí solo. Shams fue la presencia incendiaria que desencadenó en la vida de Rumi el fuego final.

El 5 de diciembre de 1247, Shams desapareció para siempre, probablemente asesinado por sus enemigos. Cuenta la narración poética de esta historia que, a partir de ese momento, Mevlana sólo quiso danzar, girar entre derviches hasta emborrachar el dolor y engañar a la conciencia. Girar para encontrar los vestigios de Shams, los restos del maestro dispersos en el interior del discípulo. Buscar a Dios dentro de uno mismo: “Yo soy Dios”, sentencia mística por excelencia.

*Por tu amor, voy con la cabeza alta.
Por tu deseo, camino sin cesar.
Me dicen: alrededor a Él giras.
¡Ignorantes! Yo sólo giro alrededor de mí.*

Rumi murió mucho después, el 17 de diciembre de 1273. En los años que separan el encuentro con Shams y su propia muerte, Mevlana se dedicó a escribir los poemas que hoy recitan Madonna, Goldie Hawn y Demi Moore, y a enseñar a los demás el camino que él había descubierto. Ese 17 de diciembre se conoce como “la noche de bodas”, en alusión al encuentro final entre él y la eternidad. Porque Rumi no fue nada más ni nada menos que un místico, una figura que existe en todas las corrientes espirituales y que la terminología islámica denomina “sufi”.

Aislados del mundo y del poder

Mirado desde la heterodoxia, el sufismo es una propuesta radical y revolucionaria. Bajo la forma de acercamiento a Dios supone el abandono del mundo y sus leyes, doctrinas y morales. El sufi, el místico, es alguien que está más allá de los juicios, de los miedos, de las dudas, en un lugar incontrolable en el que sólo el deseo existe.

En su huida del mundo, el místico deja atrás incluso su identidad religiosa: el Dios que él busca ya no tiene nombre, ni forma y, a veces, ni siquiera es dios. No tiene representante alguno en la Tierra, no conlleva obligaciones específicas

ni penitencias especiales y sus propuestas son más cercanas a una orgía sensorial que a una misa de domingo. Por eso los místicos han sido mirados con recelo por la ortodoxia, como si fueran herejes, y por eso sus escritos recogen sentimientos comunes a cualquiera, incluidos los ateos más radicales: el amor, el dolor, la búsqueda de respuestas dentro de uno mismo, el desencanto vital y, al mismo tiempo, la pasión por la vida. Porque el sufismo en el fondo es pasión. Todo lo demás son anécdotas formales.

Entre los musulmanes, los maestros sufíes crean escuela. Rumi fundó su propia cofradía, los famosos mevlevi o derviches giróvagos, desde la que enseñó a los demás el camino que él había recorrido y propuso, con la ayuda de su hijo y heredero espiritual, una serie de rituales que ayudasen a alcanzar el estado de gracia.

Pero los giróvagos son sólo una cofradía de las muchísimas que hay por todo el territorio del islam, y su ritual, uno de los muchos que utilizan la música como desencadenante de un estado espiritual (mental, para los alérgicos al término). Mantras, bien conocidos en el hinduismo, y danzas conducen a un estado de semiinconsciencia, de trance, en el que el cuerpo, la materia, deja de

El mausoleo de Rumi, en la ciudad de Konya, es un lugar de peregrinación para los adeptos a la cofradía mevlevi, con seguidores en los Balcanes, Siria o Irán. En la página anterior, el baile centrífugo de los derviches, en el que una mano se dirige hacia el cielo y la otra los conecta con la tierra.

Los derviches giróvagos y el sol

Lo más conocido del ceremonial mevlevi es la *sema*, el ritual de la danza, que está cuajado de simbolismos sorprendentes. Los derviches visten de blanco, como símbolo de la mortaja, y se cubren con una túnica negra, que representa la tumba, mientras que el gorro cónico imita las piedras que coronan las tumbas otomanas. Siguiendo las indicaciones de un maestro de ceremonias y el ritmo de la flauta, los derviches entran uno a uno en un círculo imaginario en el que giran a su vez sobre sí mismos. Una danza de planetas que dan vueltas alrededor del maestro Shams de Tabriz, el Sol de Tabriz, y una fascinante alegoría del sistema solar imaginada dos siglos antes de que el astrónomo Nicolás Copérnico afirmara que los planetas giran en torno al astro rey.

La coherencia como credo

Nâzım Hikmet, las raíces sufís de un poeta comunista

El sufismo entendido como búsqueda sincera y en ocasiones angustiada de respuestas ha generado históricamente muchos personajes que se han rebelado contra unas leyes temporales que entendían contrapuestas a sus propias verdades. Esta rebelión, sin embargo, los aleja de sus correligionarios y los acerca a una forma de resistencia universal contra el poder, a una reivindicación de la afinidad entre pensamiento y existencia. El poeta Nâzım Hikmet (1901-1963) forma parte de ese grupo de personas tocadas por la coherencia. Justo en el momento en que las enseñanzas de Rumi pasaban a subsistir en la nebulosa del folclore, Hikmet recogía el legado de la subversión desde un extremo teórico opuesto y laico. Muy influenciado en su infancia por las enseñanzas sufís de su abuelo mevlevi, Hikmet fue condenado, en 1938, a 28 años y cuatro meses de cárcel, de los que acabaría cumpliendo trece años y cinco meses. ¿La acusación? Poesía... y comunismo.



Hikmet nació en una época convulsa: vivió la caída del Imperio otomano y el auge de Mustafa Kemal Atatürk con su visión de la nueva Turquía. Como Rumi, Nâzım Hikmet empezó haciendo lo que se esperaba que hiciese: acercarse a un incipiente movimiento nacional turco y a su joven líder. Pero su idilio con el poder duró poco. Pronto demostró ser demasiado buen poeta, demasiado liberal y demasiado sincero. Sus artículos y poemas críticos le valieron media vida en la cárcel, algo que no consiguió romper su compromiso apasionado con un comunismo romántico e ilegal. Entre rejas, supo dibujar poemas sobre gente normal, con un lenguaje sencillo y lleno de magia. A pesar de haber estado prohibido durante muchos años en Turquía, Hikmet es hoy el gran poeta turco al que todos citan, desde los grandes intelectuales hasta los grupos de rap, y ejerce una influencia constante y continua en la literatura contemporánea de su país. Sus libros *Últimos poemas* y *Duro oficio el exilio*, entre otros, están traducidos al castellano. **B.V.**

ser una limitación. En Pakistán, una persona se encarga de clavar una aguja a quienes entran en trance para descubrir si fingen: el que siente el pinchazo está mintiendo y debe volver a sentarse. Al fin y al cabo, una sesión sufí no es un concierto de rock. En Marruecos, una mujer se encarga de vigilar que los límites de la decencia no se sobrepasen incluso en ese estado. Con ayuda de una sábana, cubre los cuerpos de las chicas que se retuercen espasmódicamente a causa del trance y así evita que queden desnudas. Es la misma experiencia que se ha buscado en otros contextos con el uso de drogas: expandir los límites de la percepción. Una experiencia antiquísima y, sin embargo, de una sorprendente modernidad.

La banalización de una mística

Desde los tiempos de Mevlana y Shams, los poderes temporales han tratado de minimizar el impacto del sufismo. La manera no ha sido la prohibición, que también ha existido, sino algo más mortífero: la banalización. Infiltrar el sufismo, codificarlo, transformarlo precisamente en lo que no es: un dogma. Simplificarlo, domesticarlo y convertirlo en una forma de ortodoxia o en un pasatiempo para modernos ociosos en busca de una trascendencia sin riesgo alguno.

En ese sentido, la lucha de los poderes de Turquía contra el sufismo es ejemplar. Después de la muerte de Rumi, la cofradía de los derviches giróvagos se fue extendiendo por Siria, Egipto y los Balcanes. Ganó gran influencia política a través de alianzas de sangre con los sultanes y algunos mevlevi ocuparon puestos estratégicos del Imperio otomano, convirtiéndose en lo que actualmente denominamos un *lobby*. ¿Pero qué le queda de autenticidad a un sufismo convertido en centro de poder temporal? Su razón de ser, la búsqueda de respuestas más allá de los formalismos, desaparece una vez que los mevlevi se ocupan más de este mundo que de los otros.

La enorme influencia del sufismo en las cuestiones políticas fue una de las razones de su prohibición, efectiva en 1925 cuando la presidencia laica de Mustafa Kemal Atatürk, el ideólogo de la nueva Turquía, ilegalizó las cofradías y deshizo el complejo entramado político de los mevlevi. Sin embargo, la auténtica puntilla vino en la década de 1950, cuando el gobierno turco entendió que la ceremonia de los derviches giróvagos era un espectáculo susceptible de atraer miles de turistas a Turquía. Y fue de este modo como la danza ebria de un Rumi borracho de Dios se convir-



tió en un baile folclórico. De belleza arrebatadora, sí, pero totalmente inofensivo.

Desde entonces, el mausoleo de Mevlana, en Konya, se ha convertido en un museo y sus derviches en un excelente grupo de música y danza que recorre los escenarios del mundo. Entre el 10 y el 17 de diciembre se celebra en el mausoleo la llamada “noche de bodas”, que hoy recibe el nombre de Festival Mevlana. Por esas fechas la ciudad recibe a miles de visitantes venidos de todos los rincones del planeta, muchos de los cuales viajan en circuitos especiales que incluyen una sesión de derviches como una parada más entre el Cuerno de Oro y la Capadocia. El festival es una oportunidad para presenciar la ceremonia, que también se celebra una vez por semana en el Museo Mevlana de Kadıköy, en Estambul.

Por lo demás, los derviches de Konya realizan frecuentes actuaciones en España y no hay que olvidar que la cofradía de los mevlevi tiene también seguidores en Siria, donde grupos como Al Kindi, que interpretan repertorio sufí, a menudo

se acompañan de derviches giróvagos en sus actuaciones. En cualquier caso, como espectáculo folclórico o no, como actuación sentida o fingida, ver a los derviches es siempre una experiencia emocionante hasta la lágrima. Al presenciar una *sema* o ritual de la danza es fácil compartir el dolor de Rumi, sentir el consuelo del que baila y entender el miedo del poder a enfrentarse cara a cara con seres transfigurados en parte del universo.

La obra de Rumi se ha conservado en sus libros de poemas, conocidos como el “Corán persa”, lengua en la que fueron escritos, y calificados como una “herejía digna del mejor sufismo”. Infinidad de estudios dan de ellos una lectura absolutamente ortodoxa que apenas desentona con la práctica del islam convencional. Pero la interpretación metafórica de los versos, sin duda correcta, no explica los miles de enamorados furtivos, heréticos, homosexuales, cristianos o ateos que se recitan al oído los versos de Mevlana. Una prueba de que el sufismo va mucho más allá de la doctrina y, en algún punto, es capaz de alcanzarnos a todos. ✕

La palabra sufismo, como se denomina la rama mística del islam, podría derivar de *suf* (lana), el material con el que se vestían los cofrades en sus orígenes. Para la cofradía mevlevi, a la que pertenece el joven de la imagen, la ropa adquiere un gran simbolismo relacionado con la vida y la muerte.

Para las cofradías sufís, la música, los mantras y las danzas conducen a un estado de semiinconsciencia, de trance, en el que el cuerpo, la materia, deja de ser una limitación